

—¡Vamos, viejo conde, alégrate!—dijo Athol con cierta emoción en la voz;—cualquiera que sea el tesoro ó el misterio enterrado por ti tan cuidadosamente, soy cristiano y juro por Cristo emplearlo por la salud de tu posteridad!... ¿Estás contento?

La hora de las fantasmagorías había pasado: la soledad no tuvo voz para responder á éstas palabras.

Pero parecía que el sonido de las lejanas campanas, á pesar de estar doblando por los muertos, llegaba más alegre bajo el ala caprichosa de la nocturna brisa.

Athol abrió su maleta, y habiendo sacado su frasco de pólvora, vaciólo en el agujero que acababa de abrir. Luego sacó fuego del pedernal, y encendiendo una larga mecha de yesca, la hundió en una de las extremidades del agujero. La parte encendida de la mecha colgaba fuera.

Nuestro aventurero se fué al otro lado del montecillo y aguardó.

Al cabo de dos ó tres minutos, la tierra tembló y una lluvia de piedras vino á caer á su alrededor.

El valle resonó por largo tiempo con el eco de la explosión; parecía un trueno interminable.

Athol se levantó. El canto de mármol había caído.

Los rayos de la luna, penetrando por esta ancha abertura, alumbraron un gracioso nicho de mármol blanco con paredes guarnecidas de mosaicos.

Athol penetró dentro con recogimiento en su corazón y la cabeza descubierta.

VI

Hermano y hermana

Estos también eran dos niños perdidos, dos niños que no habían conocido padre ni madre.

Pero es imposible hallar en la vida dos infancias más diferentes y que formasen mayor contraste.

Athol, desde su más tierna edad, había sentido rugir la tempestad á su alrededor. Jamás había podido disfrutar del más mínimo reposo: el ruido, el movimiento, las riñas, la orgía, la tienda de los gitanos en la maleza, las cuevas que sirven de madriguera á los contrabandistas, la falda flotando entre las olas: tales eran sus primeros recuerdos.

Después la lucha, el amor precoz, las aventuras...

Para Julián y Celestina nada de todo esto. En el fondo del pasado habían hallado solamente una miseria humilde y triste; después un rayo de tranquilidad alegría, luego la educación austera y claustral.

Llegados á Sicilia en una tarde de invierno, el cielo se presentaba obscuro sobre un mar tranquilo; caía una lluvia fría y fina, y la tierra estaba silenciosa y como cubierta por un velo. Celestina no tenía entonces bastante edad para poderse acordar después de ello, pero Julián conservaba el vago recuerdo de aquel día.

Venían de Francia y les habían dicho que al

fin de su viaje encontrarían á su madre desterrada como ellos.

Un hombre que les obligaba á que le llamasen su padre, era su guardián; este hombre se embriagaba con frecuencia. Cuando estaba ebrio les castigaba y les llamaba: «¡Bastardos!»

Este hombre alquiló una mala cabaña en el valle de Mazzaro, y todos los meses iba á cobrar una miserable pensión en la ciudad vecina. El primer recuerdo de Celestina databa del día que la castigó para obligarla á trabajar la tierra.

En las Calabrias y aun en Sicilia, los niños y las mujeres cultivan el campo. El sexo más fuerte, para no perder su dignidad viril, pasa el tiempo fumando y durmiendo.

Julián y Celestina trabajaban pues la tierra, y los dos juntos ganaban diariamente la mitad de un *carlin* de cinco granos, que equivale á unos 21 céntimos de moneda francesa.

A veces este hombre les ponía sobre la mesa un pan grande, pero moreno, y les decía: «¡Economizad!»

Luego se iba y permanecía ausente semanas enteras. Este hombre se llamaba Thibaut, y era natural de Marsella, donde había dejado una mujer y cinco hijos.

Durante una de estas ausencias, Celestina y Julián, que tenían, la una ocho años y el otro diez, vieron en el camino un viajero rendido de fatiga, con los cabellos húmedos y los zapatos llenos de polvo.

Este viajero llegóse á la cabaña para apagar su sed.

Al entrar en ella estaba muy pálido, pero al ver á Julián le subió el color al rostro.

El viajero les tomó á los dos las manos y les acercó á la ventana, donde les estuvo contemplando mucho tiempo. Luego empezó á hacerles

preguntas, particularmente á Julián á quien devoraba con los ojos.

Este extranjero no siguió su viaje, sino que dijo á Celestina y Julián:

—Hijos míos, yo soy vuestro padre.

Thibaut entró ebrio. Cuando se hallaba en este estado, tenía por costumbre castigarles diciéndoles:

—¡A los dos os daría por un *tari*!

Un *tari* es una moneda que vale diecisiete sueldos de la nuestra.

Al entrar Thibaut, alejóse el extranjero, pero cuando aquél se hubo acostado y empezó á dar señales de dormir, volvió el viajero, llevando dos caballos del diestro, y dijo á los niños:

—¡Hijos míos! ¡venid á ver á vuestro padre que desde mucho tiempo os está buscando!

—¿No sois vos nuestro padre?—preguntó Celestina, que ya empezaba á amarle.

El extranjero respondió:

—Yo soy vuestro pariente... Pero tenéis un padre que es un gran señor.

—¿Cómo os llamáis?—le preguntó Julián.

—Me llamo Manuel Giudicelli—respondió el extranjero.

—¿Y nuestro verdadero padre?

Manuel titubeó un instante, después respondió:

—Tiene el mismo nombre que yo.

—¡Vos nos engaáis!—exclamó Julián;—nuestro padre es un francés... como nuestra madre.

Habían hablado demasiado alto; Thibaut se removió en la paja y murmuró entre dientes.

Manuel tomó á Julián y lo puso á caballo; colocó á Celestina en la grupa del suyo y partieron al galope.

La Sicilia se hallaba entonces en agitación. En los caminos no se veían más que soldados. Todos hablaban de la guerra próxima, pues Fer-

nando de Borbón quería recuperar su reino de Nápoles.

Era el verano del año 1815.

Manuel cruzó toda la Sicilia con sus dos jóvenes compañeros y no se detuvo hasta orillas del mar, en un pueblecillo á dos leguas de Catana. Cerca del pueblecillo había un convento; y un buen fraile se encargó de la primera educación de los niños, que hablaban un patués casi ininteligible, mezcla de provenzal é italiano.

En este tiempo Manuel les decía todos los días: —Pronto veréis á vuestro padre.

Luego estuvo ausente por bastante tiempo y cuando volvió les compró vestidos de luto.

Desde esta época, el carácter del buen Manuel sufrió una transformación completa. Estaba triste, inquieto, temeroso y tenía á los dos niños como en una especie de secuestro, dándoles á entender que tenían enemigos poderosos que les buscaban.

En lo sucesivo cuando le preguntaban por su padre, Manuel no respondía.

—Lo mismo sabéis vosotros que yo—les dijo un día;—habéis venido de Brancia: sois franceses. Pero en vuestro país la proscripción pesaría sobre vosotros... ¡Dios quiera inspiraros la vocación de servirle!

Otras veces hablaba vagamente de un gran porvenir, de una opulenta herencia.

Cuanto más crecían estos niños menos atención ponían en las palabras de este pobre hombre que amaban de todo corazón, pero cuya inteligencia iba á sus ojos extinguiéndose.

Estos dos niños eran prudentes y estudiosos; deseaban extender el círculo de sus conocimientos, y eran cuasi dos sabios por vocación.

Al buen religioso que había empezado su educación, sucedió el prior del convento, el hermano

Jerónimo, varón muy erudito, versado profundamente en los estudios teológicos y en muchas y diferentes lenguas, y que tenía altas pretensiones filosóficas.

Fr. Jerónimo había puesto afecto en Julián, lo que no impedía que declarase que Celestina tenía más disposición para la dialéctica.

Fr. Jerónimo decía que Julián sería un sacerdote apreciable, pero que Celestina, una vez religiosa, llegaría á ser una señora ilustre.

Tenía pasión por enseñarle el griego.

Julián y Celestina habían determinado en ese tiempo seguir el estado religioso. Su piedad sincera y dulce edificaba toda la aldea, y cuando Julián entró como discípulo en el pequeño seminario de Nola, le condujo el mismo Fr. Jerónimo, recomendándole á los profesores.

Celestina entró el mismo día en el noviciado de las Ursulinas de San Severo cerca de Catana. Su hermano tenía permiso para verla, y Fray Jerónimo seguía al buen Julián. El locutorio de las hermanas fué muchas veces testigo de las discusiones científicas que mediaban entre los dos adolescentes y el digno religioso.

Tal era la situación de los dos hermanos cuando una carta de Manuel, á la sazón ausente, les hizo emprender este viaje.

Manuel tenía sobre ellos la autoridad de un padre; así es que ni tan siquiera habían discutido su orden. Y ¿quién sabe si este viaje inesperado no lisonjeaba en uno y otra un vago deseo de novedad y aventuras?

Hallábanse, pues, en la posada de Corpo-Santo, hacia la caída de la tarde, en la misma hora en que nuestro caballero errante, el bello Athol, entraba con su pala y su pico en los pantanos de Martorello.

Celestina y Julián habían preguntado en vano

á su buen amigo Manuel el motivo de este viaje. Manuel se encerró en la más completa reserva, como acostumbraba. De modo que lo mismo sabían ahora de un viaje tan imperiosamente exigido, como antes de salir de Catana.

Había delante de la hostería del Corpo-Santo un terraplén cubierto de un emparrado que se elevaba tres ó cuatro gradas sobre el nivel del patio. Julián y Celestina estaban sentados bajo ese emparrado, acabando su comida, mientras Manuel hablaba con Pietro, el posadero.

Las campanas del convento no habían empezado aún á tocar.

La tarde se presentaba silenciosa y bella.

Manuel Giudicelli sería ahora un hombre de unos cincuenta á cincuenta y cuatro años, de talle un poco inclinado, y frente medio calva. En su rostro veíanse pintadas la dulzura y la bondad, pero parecía como que Dios le hubiese dado una carga demasiado pesada. Sus ojos habían perdido ese brillo que jamás falta á las pupilas calabresas. En su mirada se notaba algo de inquieto, de enfermizo, cuasi pudiera decirse de vencido.

Sólo había tomado un poco de pan y vino en compañía de los dos jóvenes viajeros; luego se levantó sin otro fin que el de moverse un poco, como si le hubiese sido imposible permanecer en su asiento.

Iba y venía en el pequeño jardín que rodeaba la posada, y cuando llegaba á alguna espesura donde no creía ser visto, sacaba de su seno un papel que leía ávidamente. Luego se acercaba á Julián y Celestina y les contemplaba á hurtadillas.

—Los niños se han hecho grandes—murmuraba;—si Julián quiere ser sacerdote, bueno... Mejor quisiera verle con la espada en el cinto y el

sombrero de plumas en la cabeza... ¡Pero en fin en la casa hemos tenido dos cardenales!...

—¿Y Celestina?—continuaba;—¡toda la hermosura de su madre!... Es necesario que sea feliz... Dios es bueno... Dios les ha dado una infancia penosa para que conozcan mejor el precio de la felicidad!

—¡Pobre Manuel!—decía en este momento Julián;—esas pocas semanas le han cambiado completamente; ¿no es así, hermana mía?

—Me parece que ha envejecido muchos años—contestó la muchacha suspirando.

—Manuel trabaja—repuso Julián;—Manuel se esfuerza, no por él, sino por nosotros... Sueña despierto riquezas, grandezas... como si hubiese necesidad de ellas, ¡Dios mío! para alcanzar una muerte cristiana, que es el objeto de nuestra miserable vida!

Celestina suspiró otra vez, pero más fuerte.

—La verdad es—murmuró ella con un poco de amargura en la voz,—que no tenemos necesidad de riquezas y grandezas, tú para obtener la tonsura, y yo para tomar el velo y encerrarme para siempre en un convento.

Julián la miró y su rostro parecía revelar una expresión de tristeza.

—¿Echarías de menos el mundo, Celestina?—le preguntó.

—¿Por ventura le conozco?...—replicó la joven sonriendo.

—Hermana mía—dijo el adolescente en tono grave;—se puede sentir no haberle conocido.

Celestina bajó los ojos y estuvo algún tiempo sin responder.

—Pues bien, sí—dijo al fin sonrojándose y sonriendo;—hubiera querido ver, aunque no fuese más que una vez, lo que es el mundo.

—¡Ah! ¡loguilla!—murmuró Julián.

—¿Estoy segura...—repuso Celestina mirándole de reojo.

—¿De qué estás segura?—repitió Julián viendo que se detenía.

—Estoy segura de que tú tienes la misma idea. Julián meneó gravemente la cabeza.

—Muchas veces he tratado de adivinar lo que es el mundo—dijo éste,—guiándome por lo que he oído y leído... No, te hablo sinceramente, hermana mía, este examen no me ha inspirado deseos de conocerle más.

—Y ¿qué has adivinado, hermano mío?—preguntó Celestina acercándose con curiosidad.

—Movimiento, ruido, un falso brillo, y vanos placeres cuya saciedad trae el remordimiento...

Celestina se mordió ligeramente sus bellos y rosados labios; en su sonrisa cándida y traviesa á la vez se echaba de ver un poco de desdén.

—Tienes razón, hermano—murmuró;—esto lo has leído en los libros.

—¿Te has formado tú otra idea del mundo, Celestina?—preguntó Julián que no perdía su aire de superioridad.

—Yo—replicó la joven,—prefiero decir que no lo sé... «Movimiento, ruido, un falso brillo...» Estas palabras para mí no tienen sentido... Mientras no se me designen las cosas por sus nombres, me parece que me hablan un lenguaje extraño.

—Supuesto que no estás contenta con mi definición—le dijo Julián,—dame tú la tuya.

Los bellos ojos de Celestina fijáronse en él pensativos.

—Yo no sé lo que es el mundo—respondió;—pero creo adivinar la razón de sus atractivos y peligros... El mundo no es una palabra vacía de sentido, como tu *movimiento*, tu *ruido*, tu *falso brillo*, etc., sino una palabra cuya significación es

relativa... El mundo sólo existe como medio. Para expresarte mejor mi pensamiento, el mundo es el saldo de cada personalidad humana, y le compararía con mucho gusto á ese aparato de cristales movibles que envían refractada mil veces la luz de una araña de cristal.

Julián fijaba en ella su mirada atónita.

—Quiero ir más lejos—prosiguió sosteniendo serenamente esa mirada,—y voy á profundizar, como decía nuestro viejo maestro, esta comparación que me parece rica, feliz y exacta... Figúrate, Julián mío, una araña de cristal inmensa, compuesta de millones de luces y de innumerable cantidad de cristales que las reflejan. Todo esto brilla, ¿no es así? las luces por sí mismas, los cristales por las luces... ¡Este es el mundo!

—¡Ah!—dijo Julián maquinalmente,—ese es el mundo!

—Brillo real—continuó Celestina,—pero multiplicado por la óptica, cambio recíproco de rayos... porque si la luz aislada ardiese en el vacío de la sombra, la obscuridad la absorbería; necesita cristales... pero ¿qué serían los cristales sin la luz?

—¡Esa es una rebelión declarada!—murmuró Julián.

—¡Ay! no, hermano mío... es una protesta, y esto me basta... Ahora que he demostrado lo que de esta vulgaridad me disgustaba, me someto gustosa... atada de pies y manos.

Ese grave y hermoso joven que había contado con tanta discreción á su hermana la biografía clásica de Mario Monteleone, ese discípulo estudioso, recién salido de la escuela de Fr. Jerónimo, experimentaba en este momento un sentimiento complejo.

Por una parte admiraba á su hermana, y comprendía ahora por qué el viejo Jerónimo hablaba veces de señoras ilustres que se habían inmor-

talizado por la teología, la filosofía y las bellas letras; y por otra parte estaba sorprendido de las ideas nuevas que acababa de emitir su hermana con una supremacía que no había visto jamás en ella.

Sin embargo, Julián había estudiado laboriosamente la tesis de Celestina, como un verdadero discípulo de teología, y le parecía que estaba realmente aprendiendo una lección de dialéctica.

—Luego—exclamó de repente siguiendo la serie de argumentos que él mismo se proponía,—¿crees tú que si se nos colocase en el dintel de ese teatro que llaman mundo, mi atención se fijaría en los hombres y la tuya en las mujeres?

Celestina levantó hacia Julián sus grandes ojos pensativos. Su talento mucho más perspicaz había ya superado este obstáculo que detenía á su hermano.

—Tú raciocinas siempre por el sistema de Jerónimo—murmuró ella sonriendo;—así es que te extravías... La lógica es el arte de engañar á sí mismo.

—¿Tú no has dicho?...—empezó Julián.

—Yo he dicho que me bastaría para conocer el mundo ver una joven en él... quizá ver una joven del mundo fuera del mundo.

—Por la misma razón á mí debería bastarme ver un joven en el mundo...

—O fuera de él... con tal que mirases bien con tus propios ojos que son buenos, y no con esos lentes mentirosos que hacen ver á los sabios estrellas en mitad del día...

—De modo—prosiguió el escolar,—que el aparato más perfecto que tú y yo podríamos escoger para ver el mundo, consistiría en un hermano y una hermana... Algún joven conde y condesa... Yo diseñaría al conde y tú á la condesa...

—Esos son los equipajes del conde Loredano

Doria que viaja con la condesa su hermana—dijo una voz cerca de ellos.

Julián sintió que había perdido el hilo de su discurso.

La risa que florecía en los rosados labios de Celestina se desvaneció.

Los dos se miraron y murmuraron al mismo tiempo:

—¡Qué rareza!

Celestina añadió:

—El hijo é hija de ese Giacomo Doria...

Pero no acabó, sino que los dos se levantaron con un movimiento simultáneo y lanzáronse á la verja del emparrado. Esta verja dominaba el camino que pasaba por delante. Hacia la parte de detrás daban unas ventanas irregulares que tenía la casa. A la izquierda había un pequeño jardín, en el cual estaban hablando en este momento, el buen Manuel y el posadero.

Este último, alto, pálido, flaco, moreno, calzado con polainas como el segador de Leopoldo Robert, y llevando sobre sus cabellos negros un gorro de lana mezclilla, miraba de tiempo en tiempo á su compañero con inquietud.

Manuel le decía:

—¿Me queréis prestar una pala y un pico, Pietro?

Este le miró de arriba abajo y poniéndose la mano en la frente le respondió:

—¡El diablo me lleve, si no tenéis una vena de loco, padre Manuel!... Os prestaré cuando gustéis mi pala y mi pico... pero estáis pálido como un atacado de calenturas al otro día del acceso... Subid conmigo y tomad un vaso de vino de Sicilia que os preste calor.

Pietro cogió á Manuel de la mano y le hizo entrar en el mesón. Luego bajó á la bodega.

Hallándose Manuel solo extendió en la mesa su carta amarilla y restregada, se puso á leer atentamente.

—Esta es realmente su letra—decía leyendo la carta.—Mientras vivió no le desobedecí nunca... ¡hágase también su voluntad después de muerto!

—¿Quién hay?—preguntó Pietro desde el patio, subiendo de la bodega.

Dos gendarmes de á caballo acababan de aparecer en el recodo del camino.

El posadero, en lugar de volver á donde estaba su huésped, fuese al umbral de la puerta.

En la hostería del Corpo-Santo no todos los días se veían huéspedes como los que ahora se presentaban.

Los dos gendarmes entraron en el patio.

Tras de ellos iban dos hombres á caballo vestidos con una magnífica librea y armados de pies á cabeza.

Luego seguía tirada por cuatro caballos una calesa de viaje, en cuyos almohadones descansaba indolentemente una joven pareja.

Después de la calesa venían otros dos hombres á caballo, un carruaje de reserva, y cerraban la comitiva dos gendarmes más con sus carabinas en la mano.

Celestina y Julián no hablaban; su alma estaba en sus ojos. Los dos permanecían de buena fe bajo la impresión de la caprichosa teoría desenvuelta por la gentil discípula del clásico Jerónimo. Julián contemplaba al conde Loredano Doria, y Celestina deyoraba con los ojos á la condesa Angélica.

Pero ya se sabe cómo acontecen estas cosas, independientemente de todas las teorías antiguas ó modernas, académicas ó de capricho.

Al mirar el conde, nuestro buen Julián se fijó

sin querer en la condesa su hermana, y Celestina, que creía estar examinando á ésta, encontróse con la noble y arrogante figura del conde Loredano.

Les había sucedido lo que en un cuento de hadas; habían evocado la visión, y ésta se les aparecía dócil á su voz.

¿Por qué ya no cuidaban ni uno ni otro del frío estudio que debía facilitarles ese aparato humano, empleando la expresión de Julián?

El aparato era perfecto y tal como le habían deseado: eran un joven y una joven, un hermano y una hermana, no solamente del mundo, sino de esa escogida sociedad que se eleva sobre el nivel del vulgo y que el vulgo envidia; nobles entre los más nobles, ricos entre los más ricos; ¡el orgullo de la corte, la flor del reino!

Antes de las guerras de la revolución, los napolitanos decían: «Después de Borbón, Monteleone; después de Monteleone, Doria!»

Pero mientras que ese esclarecido linaje de Monteleone iba extinguiéndose, el de Doria se hacía cada vez más grande, tanto más, cuanto que la herencia de Monteleone había pasado á los Doria por derecho de parentesco.

Ya no existían los Monteleone, y ahora se podía decir: «Después de Borbón, Doria».

La calesa bajaba lentamente la pendiente suave de la carretera. Por un instante cuasi desapareció en la sombra de un pequeño collado que el camino dividía en dos partes, y cuya cima coronaban frente del mesón algunas zarzas y hayas aun tiernas é inclinadas sobre la vía.

El día tocaba á su fin, aunque la línea del horizonte quedase en su ocaso roja y como inflamada.

Cuando la calesa salió de la sombra, Julián exha-

ló un gran suspiro y se enderezó involuntariamente; Celestina perdió el color.

Afuera, bajo el emparrado, las personas del mesón decían:

—Vienen de Palermo y van á Nápoles.

—El rey quiere casarlos en un mismo día.

—El rey ha dividido entre los dos hermanos, por partes iguales, las posesiones de Monteleone.

Julián y Celestina cambiaron una mirada de inteligencia.

Las personas del mesón continuaban:

—Doria de Roma les da todos sus palacios y castillos.

—¡Pues qué! ¿No tenían bastantes palacios y castillos en Nápoles, en Palermo, en el Abruzzo, en las Calabrias, en Sicilia y en todas partes?

Algunos echaron sus gorros al aire diciendo:

—¡Evviva'l conte Doria! ¡Evviva la contessina!...

Loredano sonrió y saludó.

Un profundo suspiro levantó el pecho de Celestina.

Angélica agitó su blanca mano, é inclinó negligentemente la cabeza.

Julián apoyó sus dos manos en el corazón: sus ojos se dilataron desmesuradamente á pesar suyo, é irguióse de súbito con altivez como si fuera otro hombre.

Al ver el fuego que de repente despidieron sus ojos, no se hubiera reconocido al pálido seminarista.

VII

Conde y condesa

Loredano Doria era uno de esos admirables tipos de belleza romana que han inspirado evidentemente á la escuela italiana. Hay en el conjunto de sus líneas una serenidad tan elevada, que involuntariamente viene á la memoria la imagen de Dios hecho hombre. La belleza italiana es la belleza dulce, majestuosa, casi divina.

Loredano, conde de Doria, tendría de unos veintiocho á treinta años. Su maravillosa cabellera negra y rizada se dividía en dos partes sobre su frente blanca y pura. Sus ojos sombríos, á la par que profundos y límpidos, pero fatigados ya por el placer, producían en el alma, cuando sonreía, esa sensación de armonía que causa una bella voz varonil y vibrante, ó el lejano sonido del órgano, ó los aromas fuertes, pero agradables, que exhala la sombra de los grandes bosques.

Es muy difícil pintar esa mezcla heroica de fuerza y nobleza que constituye la misma seducción. Recuérdese que, bajo el sol de los trópicos, existen árboles gigantes, robustos como nuestras encinas, que levantan á cien pies de tierra guirnaldas de flores más blancas que nuestros lirios, más rosadas que nuestras rosas, más azules que nuestros volubilis de azur...

Pero lo que se debe renunciar á pintar es el encanto exquisito, la gracia deliciosa de la joven que estaba sentada junto á Loredano sobre los almohadones de la calesa.

Tendría unos diez ó doce años menos que su hermano.

Era risueña y pensativa, y parecía que llevaba escrito en su frente ese divino nombre de Angélica que hace pensar en los poemas del cielo.

Sus facciones repetían más delicadamente y con una corrección suave é infinita el perfil altivo de la fisonomía de Loredano. Como éste era alta, pero su talle poseía el casto y á la vez voluptuoso abandono de la virgen criolla. Sus cabellos castaños, con reflejos dulcemente aljofarados, caían en abundantes bucles á lo largo de sus mejillas descoloridas por la fatiga del viaje.

Sus ojos, guarnecidos de largas pestañas negras como el azabache, tenían ese tinte azul, oscuro y franco como la bóveda del firmamento en las noches sin luna de verano; su nariz rectilínea conservaba el perfil griego de los antiguos genoveses; su boca de un coral cincelado mostraba al hablar una hilera de perlas delicadas, cada una de las cuales parecía una tecla de ese clave melódioso que era su voz.

No era una *Madona*; para serlo había demasiado cándido donaire, demasiada natural coquetería en su soberana hermosura; era, sí, el ángel de los rubios y castaños amores, la mujer aun niña; la que se quisiera tener abrigada día y noche, para guardarla del brutal contacto de las cosas de este mundo.

Era también la joven de nuestros días, la gran señora en capullo; el tipo perfecto y escogido del refinamiento de nuestras costumbres y de todas nuestras elegancias.

Para no amar á esta niña encantadora era preciso no haberla visto, porque una vez vista, el corazón guardaba para siempre su maravillosa imagen.

Julián, ese pobre niño solitario y nuevo á toda

impresión violenta, la contemplaba con la boca abierta, experimentando la sensación arrobadora del hombre que nace en una esfera desconocida. Su pecho se dilataba bajo la humilde sotana, las sienas le latían y sus ojos sufrían un vértigo.

En tanto que la calesa salvaba al paso el umbral de la puerta, Angélica fijó su mirada por casualidad en el emparrado.

Julián estuvo un instante sin sentir su corazón; se tapó el rostro con las manos y tuvo miedo y vergüenza. Para no caer tuvo que apoyarse en la verja.

Angélica habló; pero la palabra que salió de sus bellos y perezosos labios, fué un nombre propio, un nombre que debía quedar grabado en su memoria para siempre, aun cuando viviese un siglo.

Angélica dijo:

«El príncipe Coriolani...»

Un nombre es nada y es todo. Hay nombres que son una novela ó un cuadro, nombres que exhalan un oloroso perfume ó que suenan como el eco estrepitoso de una trompeta.

Julián creía estar viendo á ese príncipe Coriolani con la cabeza erguida y el fuego en sus ojos; hermoso como un héroe ó un bandido.

Desde luego le detestaba y hubiese dado diez años de su vida por verle.

A Celestina no le había acontecido lo que á su hermano; sus ojos quedaron deslumbrados desde la primera mirada que fijó en el conde Loredano. La sensación que experimentaba le causaba un verdadero espanto, pero no por eso la hubiese trocado por todo el oro del mundo.

Así, los dos quedaron por mucho tiempo inmóviles.

Celestina pensaba:

—Loredano no puede ser hijo de un asesino.

Y Julián se decía á sí mismo:

—Si Manuel hubiese acusado á Giacomo Doria, no creería á Manuel.

Pero su sensación no dependía de la parte indirecta que el padre de esos hermosos jóvenes hubiese podido tener en la historia recientemente contada.

No había más que algunos minutos que el conde y su hermana entraron en el mesón, y ya se oían las idas y venidas de los diligentes criados.

Por fin Julián levantó los ojos hacia Celestina.

—¿Qué tienes?—le dijo á media voz.

Celestina se estremeció como si la hubiera cogido en fragante delito.

—¿Qué tengo?—repitió maquinalmente.

—Sí—dijo Julián mirándola con atención y sorpresa;—tú no eres la misma... tú estás más hermosa!

Contemplándole también Celestina como si jamás le hubiese visto, dejó escapar estas palabras:

—¡Yo no, tú estás más hermoso, Julián!... pero este traje ya no te sienta bien.

Luego un momento de silencio.

—Ahora bien, Celestina—dijo Julián,—ya has visto lo que deseabas.

—Es verdad—respondió la joven.

—A través de tanta opulencia, de tanta hermosura, de tanta nobleza, ¿has entrevisto el mundo, Celestina?

El pecho de la hermosa joven se dilató, sus párpados temblaron.

—Sí—dijo,—he adivinado el mundo... ¿y tú?

—Yo no sé, hermana mía... existen pérfidas tentaciones... á mí me ha parecido entrever el paraíso en la tierra.

—El paraíso, ¿no es verdad?—respondió Celestina con viveza,—el paraíso es ser él.

Julián no contestó; quizá no había comprendido el sentido de sus palabras.

—¿Te figuras hermana—repuso,—que pudiese existir un sér tan perfectamente hermoso?

—Jamás lo hubiera creído, hermano mío.

—Esa mirada, esa gracia elegante... esa sonrisa cuyo encanto no bastan á pintar las palabras...

—¡Y esa altivez indolente!... ¡esa aureola de poesía!... Esa frente pensativa y blanca como la de una estatua, bajo unos cabellos de seda negros como el ébano...

Julián fijó en su hermana una mirada penetrante.

—¿Te refieres al conde Loredano Doria?—le preguntó.

—¿Y á quién otro puedo referirme?—contestó ingenuamente Celestina.

—Tú dijiste—murmuró Julián,—debes acordarte, hermana mía: «Si de repente se nos presentase ante los ojos un joven y una joven... un hermano y una hermana... de aquellos que Dios ha colmado de todas las felicidades terrenales... de aquellos que brillan en el mundo y que reasumen en sí todas las alegrías... yo adivinaría el mundo con sólo ver la hermana...»

—Es verdad—pronunció á media voz Celestina;—pero tú ¿no has visto más que al hermano?

—¡Ay!—respondió Julián con igual ingenuidad;—de los dos tú eres el filósofo... yo ni siquiera he visto al hermano...

—¡Y yo he visto sólo á él!—dijo la joven con un suspiro y poniéndose colorada como una cereza.

En seguida cogió la mano de Julián y la puso sobre su corazón.

—¿Sientes algo aquí?—le dijo.

Su corazón latía violentamente en su pecho.

—Lo mismo me pasa á mí—contestó Julián tristemente.

—¿Y sabes qué desea mi corazón?—repuso la joven,—¡riqueza, nobleza, esplendor!...

—¡Ah!—dijo Julián;—el mío no dice esto

—¿Qué dice, pues?

Julián tenía sus dos manos sobre el corazón; bajó la voz y murmuró:

—¡Amor...!

Celestina se echó en sus brazos y le dió un beso. Los dos lloraban como pobres huérfanos abandonados que eran.

—Querido hermano—murmuró Celestina sollozando,—riqueza, nobleza, grandeza... ¡hé aquí lo que media entre ellos y nosotros!

Julián la estrechó contra su corazón.

En esta posición oyeron un ligero ruido á sus espaldas, que les hizo volver la cabeza.

Manuel estaba de pie á algunos pasos de la mesa en que habían comido, teniendo una pala y un pico en la mano.

—¡Riqueza, nobleza, grandeza!...—les dijo, pues había oído estas palabras.—¡Pobres niños! ¿Quién os ha enseñado á ambicionar esto?

Celestina y Julián quedaron inmóviles y con los ojos bajos.

Manuel, generalmente tan tranquilo y dulce, parecía presa de una agitación extraordinaria. Su rostro revelaba una especie de exaltación calenturienta.

—¡Después de Borbón, Monteleone; después de Monteleone, Doria!—dijo cerrando los dientes.— Los Doria vienen en tercer lugar.

Su mano se extendió sobre ellos en ademán de bendición, y en su rostro se observaba una expresión solemne, casi inspirada.

Luego se alejó lentamente, descendiendo las escaleras del terraplén sin volverse.

Entretanto aumentaba el ruido y el movimiento en la posada del Corpo-Santo. Pietro, el posadero, había echado á un lado su habitual pereza, y se multiplicaba. Tratábase de preparar la cena á sus Excelencias.

Sus Excelencias estaban muy cansados, y se alimentaba la legítima esperanza de que en vez de adelantarse hasta Monteleone, dormirían en Corpo-Santo.

¡Qué honor para la hostería!

Verdad es que la posada no ofrecía muchas comodidades, pero en cambio era una casa fabricada con muy buenas piedras y que poseía muchos terrados, como casi todas las habitaciones de la Italia meridional!

Uno de estos terrados dominaba el patio, y dando la vuelta al ángulo sudoeste del cuerpo principal del edificio, tenía vista al mar Tirreno por un corredor.

Este es el lugar que escogieron Loredano y Angélica para comer.

Los dos llegaron al terrado hablando y riendo. Angélica se había lavado con agua fresca, dejando en el fondo de la calesa su soñolienta languidez.

Por respeto á sus Excelencias mandóse desocupar el patio, y la gente de bulla y ruido se recogió en el interior de la casa. Así es que Angélica y su hermano hubieran estado realmente solos, á no quedar olvidados Julián y Celestina tras el emparrado.

En un momento tan solemne ¿quién había de pensar en esos pobres niños?

Pero ni esta parra fuera bastante densa para ocultarles, ni ellos hubieran podido observar á su sabor á los dos hermanos, si ese collado coronado de hayas de que hemos hablado, no les hubiese cubierto con su sombra profunda, y los úl-

timos resplandores del crepúsculo no nubiesen vivamente alumbrado la azotea.

No se veían hombres armados ni gendarmes; pero se les oía hablar en la sala baja del mesón, donde estaban sentados á la mesa.

Los hombres armados habían dejado sus pistolas y cinturones delante de la puerta de la caballeriza, en que los palafreneros cuidaban de los caballos. Las carabinas de los gendarmes estaban apoyadas á lo largo de la pared del terraplén, hacia la parte de afuera, tras la mesa en que estaban aún sentados Celestina y su hermano.

Estos últimos permanecían silenciosos, observando á los nuevos huéspedes.

Loredano y Angélica conversaban, pero no se les oía. ¿De qué hablaban? ¿De los placeres brillantes y ruidosos? ¿De bailes, de fiestas? ¿De las personas á quienes amaban? ¡Cuán bellas debían ser sus fiestas! ¡Cuántas adoraciones á su alrededor!

De súbito los ojos de Celestina y de Julián retrajéronse á la vez de la contemplación que les absorbía, llamando su atención una especie de resplandor.

En la cima del montecillo dividido por el camino de Monteleone se notaba algo que brillaba.

Ese montecillo se levantaba sombrío hacia un cielo rosado. Los matorrales, desprendidos como un encaje, guarnecían la cresta de la colina. Encima de ellos se mecían al soplo de la brisa, como figuras de sombras chinescas, los claros ramales de los abedules y la enramada más tupida de las hayas.

Adivinábase tras la colina esa luz rosada que alumbraba tan vivamente el terreno en que estaban muy tranquilos Loredano y su hermana.

El resplandor venía de la espesura de los matorrales.

Celestina y Julián fijaron sus miradas en el lugar de donde partía la luz.

Al principio sólo vieron un imperceptible movimiento en las zarzas.

Este movimiento debía pasar desapercibido á la joven pareja sentada en la azotea que dominaba el patio, á causa del resplandor del cielo que producía en la cima de la colina una obscuridad profunda.

Pero mirando mejor, Celestina creyó distinguir como una cabeza de hombre en la obscuridad. Casi al propio tiempo, los matorrales despidieron otra luz resplandeciente.

—¡Allí hay dos hombres!—dijo Celestina.

Julián se puso la mano delante de los ojos en forma de visera y murmuró:

—Dos hombres armados.

Un temblor involuntario se apoderó de Celestina, la cual pudo sin embargo distinguir dos bultos que salían por mitad fuera de los matorrales.

—¿Qué harían en ese lugar ahora unos cazadores?—se decía á sí mismo Julián.

Uno de los hombres, el que estaba más adelante, se sostenía con una mano en el tronco de un joven abedul para no resbalar en la pendiente. El otro estaba echado boca abajo, y parecía aguardar á que su compañero hubiese encontrado un punto de apoyo.

—Esos no son cazadores—dijo Celestina con la frente bañada en sudor; y dirigiendo una mirada de angustia en torno suyo, vió cerca de sí las carabinas de los gendarmes.

Julián se había levantado, pero Celestina le cerró la boca con la mano.

—No llames—le dijo á media voz y con una extraña tranquilidad;—los gendarmes están en la mesa y han dejado sus armas afuera. Dentro de un segundo todo socorro sería inútil.

La frente de Julián estaba inundada de sudor. Los matorrales despidieron un tercer resplandor.

El más avanzado de aquellos dos hombres había logrado encontrar un punto de apoyo y apuntaba su escopeta.

Ya no había duda de que los pretendientes cazadores espiaban la azotea.

Eran unos asesinos.

Loredano y Angélica tenían el vaso en los labios y conversaban sonriendo.

Celestina había hecho bien en cerrar la boca de su hermano. Un grito lo hubiera perdido todo, puesto que entre el grito de socorro y la llegada de la escolta debía mediar á lo menos un minuto, y en un segundo había tiempo suficiente para cometer el crimen.

Julián se apoyaba desfallecido en el emparrado.

—Si yo pudiese poner mi pecho delante del suyo—murmuraba.

—Todavía puedes hacer otra cosa mejor—le contestó Celestina que estaba pálida, pero no trémula.

Y al propio tiempo pasando el brazo á través de la verja, tomó una carabina y la puso en las manos de Julián.

—¡Mátales!—le dijo con voz firme.

El joven seminarista sintió como un vértigo.

Entretanto se destacó de los matorrales una tercera sombra entre las tinieblas que iban por momentos adquiriendo más densidad. Pero ésta no llevaba mosquete. Viósele golpear sus manos una contra otra.

Una señal sin duda.

—¡Matar un hombre!... yo—murmuró Julián,—cuyas piernas demasiado débiles no podían sostenerle el peso de su cuerpo,

La sombra había hecho dos veces la misma señal.

—¡Si no te atreves, dámela!—exclamó Celestina con tono resuelto.

Y arrancándole la carabina de las manos, la apoyó en uno de los travesaños que sostenían la parra.

En el instante en que la sombra hacía la tercera señal, partió el disparo de las manos de la joven.

En la cima del montecillo otro disparo contestó al suyo como un eco.

Loredano se arrojó á los brazos de su hermana, y en tanto que el arma caía de las manos de Celestina, ésta se apoyaba medio desvanecida en el pecho de Julián.

La punta de la colina dejó ver una forma humana de pie entre los matorrales, y en seguida destacarse en el azul del cielo su negro contorno.

Luego esa figura sombría bamboleó, y cayó un hombre mortalmente herido en la cabeza sobre el polvo del camino, á unos cincuenta pasos del terraplén.

Este hombre no había disparado su carabina, pues los gendarmes y criados que acudieron al ruido de la doble detonación se la hallaron cargada á su lado.

Sus dos compañeros, el otro asesino y la sombra que había hecho las tres señales, desaparecieron como por encanto.

Loredano tenía una herida en la espalda.

Julián, fijando su ardiente mirada sobre Angélica que le sostenía con sus brazos, se decía:

—Aun á costa de una herida mortal quisiera encontrarme en su lugar.

Antes de caer desvanecida, Celestina había visto á la joven condesa recibiendo á Loredano en sus brazos, y su corazón había murmurado:

—¡No es él á quien he salvado

En este momento las campanas del convento del Corpo-Santo tocaban fuertemente á muerto, y pocos instantes después se oyó el ruido de una explosión en el fondo del valle de Martorello, parecida á una lejana detonación de un cañón de grueso calibre.

El crepúsculo iba obscureciéndose cada vez más. La escolta inquieta se había reunido en el patio. Todos se preguntaban qué pasaba aquella noche en los alrededores.

En el terrado, una mujer, que nadie había visto entrar, apareció de súbito tras el grupo formado por Loredano y su hermana, los cuales habían despedido al posadero Pietro y sus criados.

Loredano, cuya herida era ligera, había ya recobrado sus sentidos.

Esa mujer, esa aparición llevaba un vestido blanco, y sus negros y largos cabellos flotaban bajo un velo ceñido en torno de su pálida frente.

Colocada en un extremo del terrado, extendió una de sus manos hacia las torres lejanas del convento, murmurando:

—Los hijos de Doria son hermosos... ¿dónde están los de Monteleone?

En seguida añadió en voz alta:

—¡Oís el sonido de las campanas? Poned los arreos á estos caballos... La muerte está aquí, en estos alrededores... La obscuridad rebosa de puñales del Silencio... Es la noche del 15 de Octubre.

VIII

La misa de la hora **XXII**

Manuel caminaba por el desierto valle, cuando oyó la doble detonación; pero no por ello se volvió.

Al oír el eco de las campanas del convento, se descubrió é hizo la señal de la cruz.

Más tarde, al oír la explosión que hizo temblar la tierra, apresuró el paso.

—Es la noche del 15 de Octubre—decía él también;—se ora por cumplir la última voluntad de los muertos.

Cuando llegó á las ruinas, la obscuridad era completa.

Pero Manuel no hizo como nuestro aventurero Athol que tuvo que buscar por tan largo tiempo; su memoria le guiaba en ese laberinto de escombros sepultados bajo la hierba. Su corazón latía violentamente, y si algo se decía á sí mismo, lo efectuaba con voz trémula.

—¡Sí, sí!—exclamaba,—¡tan nobles y ricos!... lo que falta á los unos, á los otros les sobra... Bien sabía yo que el maestro había pensado en todo antes de morir.

Al llegar al montecillo, fijó la pala en la tierra y tomó el pico en la mano.

—¡Riqueza, nobleza, grandeza!...—dijo dando á su voz á pesar suyo un acento solemne:—todo está ahí dentro.